

Gran Cambalache

Saúl Ibargoyen





Gran Cambalache



Fundación Editorial



elperroy larana

© Saúl Ibargoyen

(El autor es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Artes, México)

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio,

Caracas - Venezuela, 1010.

Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Rediseño de colección

David Dávila

Edición: Cristóbal Angelus

Corrección: Zorayda Coello

Diagramación: Maria Victoria Sosa Martínez



Esta licencia *Creative Commons* permite la redistribución comercial y no comercial de la obra, siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su totalidad, con crédito al creador.

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2017000253

ISBN 978-980-14-3678-2

Poesía del Mundo

Poesía del Mundo, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las épocas, he aquí un proyecto editorial cuya finalidad es ofrecer las muestras máspreciadas de la palabra poética. Esta colección aspira a crear un espectro de publicaciones que despliegue una visión global de la poesía, de modo que nuestros lectores, poetas, escritores y estudiosos puedan disfrutar la diversidad estética; a la vez que formarse una perspectiva respecto al desarrollo, hallazgos, descubrimientos y revelaciones que han significado aportes invaluable para el devenir de las culturas. Palabra destilada, la poesía nos mejora, nos humaniza y, por eso mismo, nos hermana, permitiendo que nos reconozcamos en el milagro que es la vida. Por la solidaridad entre los hombres y mujeres de nuestro planeta.

Gran Cambalache

Saúl Ibargoyen



Gran Cambalache: vanguardia zen

Lo que estimula al hombre a superarse es el arte.

BERTOLD BRECHT

Leer algún libro del maestro Saúl Ibargoyen siempre provoca un deslumbramiento existencial. Saúl completa el brillante cuarteto de importantes poetas nacidos en el mítico Uruguay, pero que trascendieron mundialmente gracias a la universalidad de sus incontenibles versos. Los otros tres grandes son nada más ni nada menos que Jules Laforgue, Isidore Ducasse (mejor conocido como el conde de Lautréamont) y Jules Supervielle. Ibargoyen se planta entre ellos como un igual, su heredero directo y consecuente continuador en el nuevo milenio.

La vastísima obra de este escritor naturalizado mexicano es de una apabullante riqueza y una diversidad camaleónica. Siempre a la vanguardia de su tiempo –en las ideas, que es lo que finalmente importa, y en las formas también–, siempre propositivo y audaz, siempre demoledor y solidario con temas y motivos. Muy pocos autores han logrado mantener esta elegante vitalidad a lo largo de su experimentación artística; lo común es que se sequen, se repitan, o caigan en una patética autocomplacencia, publicando textos que desmerecen sus esfuerzos anteriores. Los ejemplos de Paz, Fuentes, Sabines y Pacheco son contundentes en su nivel de decadencia. Nada más alejado de la aventura literaria que Ibargoyen emprendió hace más de cincuenta años, tanto en la narrativa como en la poesía. Saúl es un auténtico Fausto que rejuvenece y logra reinventarse con el paso de los años –algo muy parecido al caso de Picasso en la pintura, Bowie en la música o Scorsese en el cine–. Esto es lo que, por supuesto, provoca innumerables asombros, pero también envidias en el mediocre mundillo pseudocultural de nuestro atribulado país.

Esta nueva edición de la obra que ahora comentamos, titulada *Gran Cambalache*, nos muestra al Ibargoyen más rítmico, más contenido, más sintético, más zen (según la meditación del zen patriarcal), que dice: “Es un método para pensar sin pensamiento ordinario, trascendiendo todos los métodos de la argumentación lógica. Pensar sin ningún método para pensar, es dar oportunidad a que despierte el intelecto intuicional o sabiduría”.

Y, sin duda, esta es una obra más accesible para un nuevo público. Versos de presencia insólita y profunda, que desgraciadamente no detendrán las rotativas de las revistas de modas literarias enfrascadas en comercializar lo banal, y hasta lo evidentemente barato. El breve, pero inmenso volumen dividido de una manera original en versos con libro y versos sin libro, fluye deliciosamente en nuestras manos; son canciones de ánimo para la lucha, abierta coplería que el autor tiene que cantar con toda su violencia. El escriba afina el terco ojo que cambiará lo mirado y hace que sus páginas crezcan “como una fuerza de agrietada luz” frente al lector.

Son poemas escritos en la efímera permanencia del fenómeno humano, que invitan a la relectura, a la lúdica reinención, en el “casi hoy de este mañana”. La clave del poemario –con sus yoes a cuestras– se nos entrega desde los versos con que arranca la contienda: “¿Por qué descender llorando/ el espacio que subimos a plena carcajada?”.

El volumen avanza coherentemente hasta llegar al primer rompimiento de sistema, el poema dialogado “¿Dos voces?”, que termina con la misma contundencia que niega el llanto: “—Nada oigo. No importa. Sin pedir permiso/ pasaré ahora al cuarto de aseo/ y derrotado el pantalón/ me sentaré en el retrete/ y no lloraré”.

De ahí avanzamos al primer poema largo, titulado “Gaza”, que sentencia esperanzadoramente que: “no existen soberbios poderes/ que un viento de abajo no destruya”. En la segunda parte, el cantor derrama

generoso sus recios himnos de sobrevivencia en tiempos adversos –aunque “siempre es difícil hablar como cantando”–, hasta arribar al texto que da título al libro, el célebre “Gran Cambalache, poema fallido, rap falso o tango fracasado”, que sublima esplendorosamente la reciente tradición del *spoken word* o poesía en voz alta. Este poema, en sí mismo, es una muestra suficiente de la pasmosa habilidad del maestro Ibargoyen para apropiarse decentemente del sentir de los tiempos, conservarse moderno (¿posmoderno?) y experimentar al máximo sin perder honestidad. El rapsoda da cátedra de cómo rapear sin perder calidad poética, algo que deberían aprender innumerables raperos en español que hartan con la lastimosa pobreza de sus rimas.

Ahí no queda todo, iniciamos la tercera parte del libro aún maravillados por largos y transparentes poemas como “Uvas oscuras en un plato blanco” o “La copa”, que nos preparan para otra agradable sorpresa condensada en el ametrallamiento metafórico de los “haikus”, piezas de delicada orfebrería, que deben degustarse lentamente. Aquí el “auctor” logra notable proeza al renovar el gastadísimo género del haiku, masacrado durante décadas por tantos pseudopoetas que, hechizados por su engañosa sencillez, solo atinan a colmar la brevedad con la exasperante obviedad del lugar común. Saúl –al ser un poeta eminentemente zen– domina la transmisión poética de lo natural inevitable; así, sus haikus, que por supuesto respetan la métrica de 5-7-5 sílabas, son un puñetazo místico en español, una densa experiencia espiritual: “Mano que es tiempo/ Mirada que es espacio:/ Siempre temblamos”.

El libro cierra con dos bellísimos poemas surrealistas que logran que Bretón y Artaud se reconcilien, se den la mano en un poeta. Emocionado y con el espíritu embellecido por la pura poesía, termina uno el ágil poemario que sin duda alguna será influencia inevitable en las generaciones por venir, en la tradición de títulos insustituibles como *Trilce*, *Altazor*, *Satanás*, *Residencia en la Tierra*, *Poeta en Nueva York*. Puede

haber quienes piensen que estoy exagerando, en esta época de pusilánime nihilismo decretado desde arriba, y que opinen que la admiración por mi maestro me ciega; a ellos los invito a que comprueben todas mis afirmaciones enfrentándose a esta transformadora lectura, para que así se estimulen a superarse.

JUAN CARLOS CASTRILLÓN

Al posible receptor

Según los diccionarios consultados, estos son los significados del sustantivo masculino Cambalache:

1. Prendería.
2. Trueque de objetos de poco valor.
3. Intercambio de dudosa especie.
4. Local de venta de objetos desechables o escasamente valorados.
5. Confusión, mitote; mezcla caotizada de ideas y/o mercancías disímiles, y aun de propuestas de orden moral.
6. Axiología no asentada de la modernidad.
7. Coyunturas sociales no clasificables, mamarracho cultural o político o religioso.
8. Mezcla híbrida de tendencias ideológicas o estéticas.

En portugués *Cambalacho*:

1. *Troca em que há ardil.*
2. *Tratos encobertos o ardilosos.*

Versos con libro 1

*En medio de las ruinas
de esta ciudad tan solitaria
solo crece el polvo
con sabor a miedo.*

KWON DONG-HO

Nosotros y un ¿por qué?

¿Por qué descender llorando
el espacio que subimos a plena carcajada?
No dejemos que una sucia altura
nos domine: no que los fragmentos
del denso verano se deshagan
en una fiesta de tambores congelados:
no que las calles repletas de vientos amarillos
ya no se parezcan a las puertas del mundo:
no que las aguas de un gran río
ensanchen su negror de roncós esqueletos:
no que las guitarras enterradas
en los múltiples árboles se extravíen
en su hambre cocinada con absurdos silencios:
no que las muchachas se partan la entrepierna
en el oficio colosal del pronto jadeo
y las pieles oxidadas:
no que las sombrías nieblas de verdugos antiguos
aún se alcen se propaguen:
no que la propuesta esplendente
de cada astro se disperse
entre luces de muertas energías:
no que estos tan humanos y no lavados dedos
—con su cauda de letras negras
y gestos estériles y caricias descompuestas—
así como son toquen

cada sílaba
de tu hermosura inmediata
y sin fin.

¡Verano?

Hay hojas de otoño
que mueren en verano.
Y pájaros vulgares
sin jaulas y sin cantos.
Pero hay materias transparentes
que fluyen con zapatos de piedra
en medio de un aire
anestesiado por la luz:
la misma luz de un estiaje
engendrado en otras galaxias
en otras noches viscerales
de lunas y de astros:
oscura carnalidad de intangibles gotas
o impulsos que jamás serán
una verdad sin regreso en nuestra memoria.
Porque el verano espera
con sus lúcidas redes de roja tiniebla
a todo extranjero que abra
vestiduras y cuerpos en mercados
y burdeles en playas y plazas.
Los ruidos de multiplicado nacimiento
trizan lienzos rostros muros cristales
árboles reunidos
y finalmente son llevados hacia el sol

adonde ya arden los otros veranos
con su carga de médulas
y hojas calcinadas.

Más preguntas

¿Estamos aquí como una banda neutra
entre el azul y el rojo?
¿Qué colores son esas huyentes diluciones
de una luz capturada por estos observados ojos
que también se diluyen?
¿Y esas bocas trazadas
por la invención de un sueño
habrán sido el impulso que extrajo
de un cuerpo quemado por hambres y metales
un momento necesario
para el frescor del aire?
¿Estamos porque es imposible
no estar
porque es dudosa la respiración
de una piedra calcinándose
entre los huesos de un lagarto
destituido por una piedra mayor?
¿Es honroso preguntar
por qué estamos aquí
rasurando calabazas y manzanas
despellejando frijoles adolescentes
iluminando el agua incansable del café?
¿Qué validez hay en estas preguntas
que vienen a nos
como banderas pudriéndose
como torpes acertijos

como una oscuridad de infanta manoseada
como pájaro devorando sus plumas
para así volar?
¿Quién autoriza
quién da su fe
quién otorga su ánima de fiador
para que podamos preguntar
por las razones de verbos y adjetivos
por la sombría carnalidad
de todos los cánticos
por la tenue cicatriz que oculta
las fiebres
que caerán
sobre el dolor vencido?

Antes después el humo

Un astro creciente suelta
tribus o pueblos de hormigas bermejas.
O tal vez perros de lengua escarlata
o escorpiones de vientre enfuegado
o tangibles águilas de rostro candente.
No existe un infierno tan humano
en tales propuestas:
solamente la ley
que azarosas partículas desvelan.
Hay sí en el costado
más siniestro de invisibles humaredas
gruesos costillares
que casi no resguardan
el cuerpo interior de cada criatura
en su combate con el intenso vacío
que suele rugir hacia el mañana.
Porque todo futuro ya pasó
toda palabra se esfuma
en su pretérita saliva:
todo gesto de la mera carne
es ceniza volandera
que apenas percibimos:
porque todo tiempo escapa
de la falsa eternidad
que pretende atraparlo:
porque todos los labios besados

se resecan
antes del beso último:
porque toda muerte abre
su dudosa oscuridad para el engaño
de que somos simples ausencias
defenestradas y buscándose.
Y aquel astro se extinguirá
como la voz de un fósforo
deslizándose hacia una hoguera
que nadie encendió.

Tarea cotidiana

Siempre habrá respuestas para todas las preguntas:
dijo una simple voz cuyo cuerpo descendía
entre cenizas candentes

y feroces metales.

No siempre habrá preguntas que coincidan
con las respuestas nacientes
de un negro silencio:

dijo una sencilla voz cuyo esqueleto
caía entre basurales profundos.

Es así como la humanoide

verba se propaga

porque todavía lo humano + y –

y x humano para sí no existe:

porque esa autoritaria invención

de lo que somos

divide a miles de millones cada día

en temerosos fragmentos

en partículas que se pudren

en despreciables resplandores

en breves aullidos extraviándose

en células respirantes que se oxidan

en desgarrones de pelo y piel

en ombligos descuartizados bajo innoble energía

en jirones de sombra donde no crece nadie

en fibras de carne

que cualquier bicho del común devora.

Preguntas todas y respuestas
que las voces destruyen
al darles raíz en el incierto aire.
Pregurrespondemos entonces:
¿es que hay adentro de toda la materia
que cada objeto sujetado ocupa
un espacio traslúcido
un cosmos finísimo
un estallido de astros fecundos
una sustancia que el tiempo rechaza
un signo todavía no escrito
un soplo que nadie exhaló
para que podamos
morir y preguntar
y responder muriendo?

Suicidio anunciado o la Chute

A propósito de Dealer, filme húngaro.

Nadie vio la ventana
ni el rostro penetrando un aire sin lágrimas
solamente una espalda desvencijada
con su blusa de telas transidas
y tal vez la nuca liberándose
de una pelambrera de grasas opacas
y otro tal vez las cintas del mandil
—ese escudo de las guerras perdidas—
y quizá la secuencia de manchadas arrugas
de un vestido que apenas establecía
su intención vertical.
No estuvo la ventana o ventanal o ventanuco
—según el poder del ojo
que cambia lo mirado—
en la trama de luces y entreluces
que la abertura a contemplar así ofrecía:
solo un cuerpo no reconocido
porque cada pieza debe afincarse en su lugar
—ajedrez inmóvil con sus figuras reales—
que ganan la partida sin sangre visible.
De pronto nadie ve el cuerpo:
solo un hueco como una boca
de astro insepulto
solo un posible túnel sin salida final
solo una nueva garganta

que la horrible ciudad ofrece
para que una dama o señora o sirvienta
se desplace en un gesto veloz
a buscar su tumba en la vereda
o acera o banqueta.

Un gato rojo

Para Lauri García Dueñas.

¿Sabes tú en que lugar nacieron
estos árboles desgastados por el aire?
¿Sabes tú sus nombres suyos
o debes inventar apellidos morados
y seudónimos verdes?
Sabes sí que entre ellos
no habitan los volcanes
que respiran en tu joven memoria.
Sabes también que un gato rojo
pasa entre jacarandas ceibas sauces
plátanos eucaliptos y aquellos pinares profundos
adheridos a otras playas.
Pasa el animal con su cabeza sola
como un resplandor bermejo
diseñado por el sol.
¿Sabes tú por qué de pronto
se detiene en las ricas dimensiones
de tu mano?
¿Sabes tú o alguien puede saber
por qué sin dar anuncio ni alarma alguna
simplemente el gato extranjero
llora?

No conocemos la íntima sustancia
de sus lágrimas
ni el delicado alrededor
que su luz enrojecida nos alcanza.
La sola cabeza de este gato solo
se apega a otros dedos
tal vez a otras palabras
y una espuma pasajera
se abre buscando
el indeciso tamaño de otros mundos.

Sin

Para Bárbara Oaxaca.

Sin pelambre ni pelo disuelto
sin atristada melena ni calvas resonancias
sin cerdas segadas ni mechones duraderos
sin secos pelajes ni barbas caedizas
sin guedejas de oro ni vellosidades turbias
sin cejas pilosas ni pestañas muertas
sin espejo de confusa eternidad
sin jabones atorados en los poros
sin aromas de manzana profunda
sin toallas siempre derrotadas
sin sandalias para patas solas
sin camisa y su esqueleto destruido
sin lienzos picoteados por la sangre
sin calzas bermejas desteñidas
sin opaco pantalón despiernándose
sin paños que cubran los vellos interiores
sin aquellas dos sombras desnudadas
de un cuerpo como una infanta final
de otro cuerpo como luminosa chavala actualizándose:
Así no más
sin todo eso.

¿Septiembre?

*Para Leandro, mi padre,
muchos septiembrés después.*

Llegaron otra vez
sin aviso y sin violencia
los transitados días de septiembre.
Una angustia de polvo insurrecto
se revela en la hondura de aquellas narinas
que vuelven a respirar las imágenes
de sudores y fluidos extendiendo
su oscuro plasma en las sábanas
que el padre del hombre
con su último cuerpo enfrió.
Los días de septiembre son de rígido aire
han perdido su tejido de silencio palabrero
su humedad esplendente de posible primavera:
solamente se percibe una sucesión
de finas galaxias con su piel de ceniza
con su esplendor de huesos desmenuzados.
Nadie se abraza a las horas
de cada día de septiembre resurrecto
porque otros meses de otros años
infiltran sus raíces
en relojes y almanaques
en campanas y máquinas.
Y ya no se sabe cuál es el nombre
de aquel septiembre hediondo y poderoso

creciendo hasta aquí
—un aquí de cualquier sitio—
desde una madrugada sin números
ni lágrimas ni coágulos resecos:
una sucia madrugada
sin ninguna memoria futura de la muerte.

Calles otra vez

Estas calles o avenidas o veredas o plazas
son los techos numerosos de una ciudad
que nuestros pies ayudan a aplastar.

Una ciudad como raíces
de la ciudad tactada o percibida
en medio del turbión:
de la respirada ciudad
que tocamos o rozamos o pisamos
apegándonos a los reiterados ecos
a las confusas resonancias
a las ondulaciones sonoras
a los pálidos ruidajes
que nos llegan
de ciudades profundas como un grito
vacío de amor o de dolor.

Una ciudad con toda su extranjería
con sus lluvias fermentadas
de orines y de hollín
con sus caños de metal profanados
por salivas de odio
por flemas agresivas
por abortadas gelatinas
por versos disueltos y blasfemias.
Caminamos apartándonos de toda pulsión
que hierve debajo de esos techos
de cada aullido que lastima

el cuero inferior de cada zapato:
de toda lengua escarbadora
que busca saborear nuestra piel.
Caminamos pasamos merodeamos
por súbitos rumbos que sugieren
una vaciedad un hueco una ausencia
un fragmento de nada
un hoyo de roja negrura.
Finalmente detenidos
en un sitio inmóvil
que el movimiento
de los solos zapatos traslada
nadie ni bicho ni persona podrá evitar
que las sombras del más abajo estallen
como un goterón de sangre sin término.

Olor presente

La palabra olor no tiene aroma
ni perfume ni hedor ni efluvio
en cada letra “o” que se repite.
Esta palabra olor que ahora se utiliza
encontró el origen antes de nacer
pues hubo un infante que escuchaba
un vértigo sonoro en su boca analfabeta:
un mojado torbellino entre sus dientes
que poco a poco empezarían a morder:
un sonoro sabor de ásperas espumas
que su lengua solitaria aprendería a gozar.
Hubo sí un niño entre paredes congeladas
entre sábanas quemadas por los altos veranos
entre cristales golpeados por los duros otoños
entre el violento hervor de cada primavera.
Hubo una infanta mayor
que inflamaba los aires de la noche
que pasaba solo con su piel su pelo sus pies
como una especie de sueño
que jamás podremos soñar.
Tal vez aquel niño recuerde
la figura blanca quebrándose
sobre las almohadas
y sus dedos de él tocando los internos olores
que la mano de hoy transforma
en una palabra escandalosamente triste.

Aritmética

Para Marina Ruiz, siempre la otra.

¿Es este un corazón
que sabe llevar cuenta
de sus propios latidos?
Porque un solo toque
de la sangre más vulgar
puede entorpecer el mágico rumbo
de todas tus arterias.
Y también los núcleos oscuros
que se niegan al aire
pueden asentar una cruel permanencia.
No importa que tu corazón
sea aquí solamente
una manoseada y babeaba palabra.
No importa que otras tripas
o torpes glándulas
de pronto lo reemplacen.
Tal vez algún latido
como un átomo suelto hundiéndose
en los ombligos de la nada
dé señal de la errónea aritmética
que usó ese mismo corazón
para atrapar la eternidad.

¿Dos voces?

—Siempre seré tu amador
mientras luchen en mí
el desapego y el deseo.

—*¿Has visto del negror de este café?
Es parecido a los jugos de la noche.*

—Sí como ánima de verdugo.

—*¿Hueles el vapor de oscura transparencia?*

—Sí como neblina que baja del trasmundo.

—*¿Has tocado esas piedras de hechura tan dulce?*

—Sí como saliva que perderá su blancor.

—*¿Escuchas el combate del silencio
en el levantado aire de la cafetería?*

—No solo puedo oír lo que tú no escuchas.

—*¿Aprecias el espacio adecuado entre las mesas
y las cómodas sillas de buena madera?*

—Toda distancia contiene el infinito
todo objeto es ausencia de sí mismo.

—*¿Puedes ver en tu reloj la hora de mi partida?*

—Esa hora ya pasó.

—*¿No estoy aquí? ¿O existo como ausente?*

—No te oigo. Ya te fuiste. Tu sombra en el suelo
dejó una marca de café.

—*¿Pero quién bebe de esta mi taza?*

—No oigo. Ya bebiste tu café. Solo eres
lo que en algún sitio tu ausencia recuerda de ti misma.

—*¿Es tu verdad o tu ilusión?*

—Nada oigo. No importa. Sin pedir permiso
pasaré ahora al cuarto de aseo
y derrotado el pantalón
me sentaré en el retrete
y no lloraré.

Sábado vacío

Aquí está el día séptimo
otro sábado con su boca vaciada
de horas torpes y almanaques incompletos:
día de esperas absurdas como gotas
de viejos fluidos que no cesan de caer:
día de minutos de fierro enfriado
por el sopor de la noche que el viernes extravió:
día fabricado por la fuerza
de múltiples planetas y cuerpos astrales
que entrelazan sus rumbos de azar y de sombra:
día porque sí sin ningún esplendor
ni asomos de esplendente resonancia
ni basuras que destellan como escama
de sardina devorada:
día que a sí mismo se habita entre lamentos
y huecos y chasquidos carnales:
día enraizándose en el día domingo
para no perder la punzante materia
enterrada en el sucio dolor
de estas manos y su trazo de bestia tenaz.

Insomnio soñado

Una pared crece
frente al cerrado mirar del viejo soñante.
La almohada que el lector
de estas palabras silenciosas imagina
es una mojada piedra
de algodón y de ceniza.
Hay o aparece una tumba flotante
con pedazos de soldados podridos
y de niños y de bestias
y con hilos de una bandera
de muerta color.
Alguien recuerda con aliento ausente
que la luna es
la gata más blanca de la noche.
Una humana lengua recorre
con ágil humedad todas las sábanas:
nunca encontrará la sal
del estrecho río
que todo alimenta y todo disuelve.
Y otras paredes crecen
entre flemas negras
como un cáncer vertical
que busca respirar el vero dolor
en el revés de la inevitable
hoja de luz que pronto llegará.

Breve visión de Campeche

Palomas o presencias inseguras de palomas
crecen como núcleos de aire coruscante
y salobre:
por fuera de ese vuelo también crece
una dura vibración de gastadas campanas.
Los automóviles rompen caminos de ácida niebla
las rígidas murallas pierden
su ración de partículas que el sol
en sequedad devora.
Las tiendas los bancos las cafeterías
pelean por sus cuotas
de tela colorida
de monedas verdosas
de espumas invencibles.
Nada parece hablar:
solo hay bocas apegadas a rostros inéditos
despegándose de vivas cáscaras
como astros amarillos.
Luego vendrán los ruidos de la noche
el grito de la piel que se abre
hacia un clima de tensas humedades.
A nadie corresponde cavar un sitio
en los hálitos ajenos
para ubicar sus algunas palabras.
Parece que el espacio
entre piedras y verdores

simplemente ha muerto
esperando tal vez que los átomos
de una antigua ceniza
puedan juntarse con la penúltima luz.

CAMPECHE, 2008

Gaza

*A la Nación palestina y a los
israelíes y judíos pacifistas.*

Es otra esa lejana carne que duele
con un sufrir que tal vez no espera
o que en un quizá sin fecha alguna
un bicho apegado a la tierra
al escarbar entre hierbas hojas bayas
y raíces resurrectas descubrió.
Las noticias de ese redolido dolor
muestran las reiteradas ruinas
y sus fibras de humo sangriento
las llagas renovadas en arterias de ceniza
los idiomas sagrados mintiendo
con sus lenguas negras.
Los cantores ya hicieron alabanza
del estrecho desierto amarillo
de la verde sal acumulada entre las piedras
de la sombra que el cernícalo
hace arder en el crepúsculo
de la ácida señal de los chacales
del perdido caminar de los asnos salvajes
de la frágil paloma y la dientuda langosta
y el usado cordero de los holocaustos.
Pero ningún cantor ha dicho
de la carne agobiada por un dolor distinto
como un ajeno sufrir en carne de otros.

Porque no hay flauta ni cítara
ni atabaque ni vihuela que entreguen
ninguna melodía en dirección
de la bermeja polvareda
que las exactas bombas desatan
con su fuego purulento.
Habrá quienes rechacen
el dolor de lo más íntimo animal
el que congela médulas y endurece
flemas y lágrimas
el que no acepta las razones de esa especie
buscadora de una razón
para extender el exterminio.
Habrá quienes clamen que todo ese sufrir
es un pretexto para quemar las banderas de Sión.
Los cantores deben tejer sus verdades de aire
encontrar el verbo más propio
que tal vez los niegue o contradiga.
Es que no hay verdad que logre
su raigal verdad
sin un cántico abriéndose
al hueso carcomido por el fósforo blanco
al hilo umbilical entre madre huérfana
y feto claudicante.
Porque otra carne debe doler
en la aérea salivación de los recitadores
en el hálito de quien no pudo enviar
sus misiles absurdos.
Y nosotros en medio de las voces de los truenos
del hedor de un ínfimo martirio universal

aún sabemos que no existen sábanas que no se manchen
ni existen soberbios poderes
que un viento de abajo no destruya.

Huaraches rotos

De amarga piel sin pausa fueron creados
estos dos huaraches.

¿Alguien conoce el nombre
del animal despojado?

¿Alguien da razón
de los dedos uñosos
que en los alisados restos trabajaron?

¿Quién arrancó las carnes
y las grasas

quién quitó a cuchillo
los coágulos tenaces?

¿Quién construyó la libertad
de esos dos pies sin cuerpo humano
sin distancias previstas
sin dueño posible

porque gasta muy poco
el que no compra nada?

Los huaraches caídos
a medio camino
entre sus cueros rotos
y un silencio de polvo.

Versos sin libro 1

*¿A quién se parecen tus ungidos
o tus profetas, a quién tus levitas
o tus cantores?*

YEHUDÁ HA-LEVÍ

Los cantores

Los ancianos cantores entraron
a golpes de silencio
a patadas sonoras
a flema compulsiva
en medio de aquel orden
de extranjeras melodías
y cantigas sin pellejo
y sin sustancia.
Así entraron
con la furia candente
de los olvidados
con sus gritos en idioma personal
con sus noches de palabra interrumpida.
Las pantallas no recogieron
sus posibles retratos
ni el vero recuento de sus obras
ni la pluma y el estilo usados hasta el fin.
Tampoco las revistas de modas literarias
detuvieron las rotativas para incluir
algunos de aquellos sus versos
de presencia insólita y profunda.
Los cantores fueron vistos
como sombras de abejas oscuras
en panales de ceniza:
apenas un zumbido alguna oreja
más atenta algo percibió.

Porque tal vez los cantores
en su guerra solitaria ofrecieron
ritmos añejos
y verba esplendente
a los cantos que nunca
los modernos juglares
podrán componer.

¿Cantan los cantores?

Los cantores nos dicen con voz ofuscada
de estos años terrícolas traspasados por el horror
que en el casi hoy de este mañana
algunos jilguerillos vuelven a negar.

¿Dicen bien los cantores su verdad impalpable?

¿Tendrán recuerdo cierto en sus sílabas
seguridad sonora en sus ritmos reverdecidos
amplitudes de himno en el origen de cada canción?

¿Rememoran los cantores
a los magnates del mal y del oprobio?

No importan el detalle de sus nombres
ni fechas de óbito o nacencia
ni tono de piel ni color de uniforme
ni esplendor de gorras o mitras o coronas
ni anillos o puñales en dedos airados
ni ponzoña en cruces y cañones
ni flamazos en carnes y papeles
ni gases grises en cámaras cerradas
ni discursos carroñeros ni rezos inmutables
ni deseos imperiales de lujo y de estulticia.

¿Rememoran los cantores la cáscara
de médulas corrompidas que aplasta a las bacterias
contra el trasfondo del mar?

¿Hay memoria de tantos horizontes de horcas multiplicadas
de las manos devoradas por el cuchillo industrial
de la peste mediática y su pústula ingobernable

de las ballenas cantando su defunción sangrienta
del cuerpo transitado por agresiones hediondas
de la gaviota enredada en aceites corruptos
del anciano sin años disuelto en su excremento
de la mujer que entrega su carne en pañales
a cambio del solo almuerzo de hoy?

¿Cuál es el tema último de los cantores?

¿Cantan en sí o cantan para sí?

¿Para algunos? ¿Para casi todos?

¿Cantan desde nosotros para los todos nosotros?

El escriba otra vez

Yo soy otra vez sí el escriba de pie
Con un corazón que empieza a herrumbrarse
Por decisión de los dioses inalcanzables.
Escribo así y aquí para simplemente tozudamente
Respirar en la memoria de algunos otros
Pues en este pincel o cálamo o lápiz están
Las crónicas las tachaduras los gestos los silencios
Las soledades los trazos las dudas los cánticos
De todos los escribas de pie que ya han sido
De todos los que son de los que quizá
Resuelvan su intención de nacer.
Escribo solo palabras porque ya no importan
Ni estas ni ningunas palabras pues hubo hay habrá
Otros escribas de fáciles grafías
De versos que riman con el verbo poder
Con el verbo usura
Con el verbo complacencia
Con el verbo complicidad
Con el verbo sí señor
Con el verbo engaño
Con el verbo estatua
Con el verbo comodidad
Con el verbo cobardía
Con el verbo mediático
Con el verbo mercado
Con el verbo corrupción.

Mi pluma viva o estilete o péndola o cincel
Aún siente el temblor de los misiles que calcinaron
Las entrañas de Kosovo y de Bagdad.
Y la tableta de barro o la hoja de seda o el fino papiro
O el suave pergamino o la fúlgida pantalla o el vulgar papel
Quieren expulsar la costrosa sangre de los doscientos mil
Prisioneros que ordenó decapitar Qin Shi
Y los miles y miles degollados por Pedro el Grande
Por el gran Alejandro y por Ricardo Corazón de León:
Quieren borrar el sudor de las naciones
Que extinguió la ira de Yahveh
Y la orina de las niñas disueltas por el napalm
Y la saliva de los desaparecidos en las playas del Sur
Y el aliento de los poetas enterrados vivos
En los desiertos de Alá
Y el hedor de los veinte millones de kilos
De tripas que Ruanda trituró
Y el rumor de las nunca enfriadas cenizas de Hiroshima
Y el flujo de la indita vulnerada en la milpa
Y el excremento de los veinte mil esclavos que Roma
Encajó en su cruz
Y que no eran hijos de Dios:
Quieren quitar la piel de los negros incendiándose
En los altares del Ku Klux Klan
Y el ardor de los pechos que el cuchillo de pura obsidiana partió
Y los pulmones endurecidos por el veneno de Treblinka
Y las venas cocinadas por un perfecto tóxico artificial.
Estas meras palabras de un escriba sencillamente no podrán
Dar su voz y su hálito a la tantísima humanidad sacrificada
Quemada gaseada desmenuzada ahorcada castrada violada vejada

Vaciada quebrantada expoliada fusilada guillotizada burlada
Asesinada arrasada olvidada
En Granada en Tlatelolco en Madrid en Cincinnati en Canudos
En Guernika en Palmares en Santiago de Chile en Moscú
En Tenochtitlan en Guatemala en París en Buchenwald
En el Río de la Plata en Angola en Chechenia en El Salvador
En Etiopía en Kabul en Armenia en Panamá en Kampuchea
En Acteal en Ayotzinapa
En Aguas Blancas en Atenco en Vietnam:
¿Solo ahí? ¿Solamente ahí?
Yo el escriba con mi yo me levanto
Al costo de este menguado cuerpo y digo
Que ya no quiero respirar
Adentro de las palabras
Porque en cada migaja de cada una de estas tierras
De cada una de estas aguas
Hay restos de úteros de novias humilladas
Hilachas de pellejo infantil
Fragmentos de prepucios y de lenguas
Uñas mutiladas y ojos coagulándose
Nervios atomizados que el verdugo arrancó.
Y yo el escriba otra vez con todos sus yoes a cuestras
Nada estoy diciendo de las banderas mordidas por la sombra
De las cucharas con su cruda hambruna
De los platos con su sucia sed
De las tortillas corroídas y los panes enfermos
De las cruces marchitas y los templos malolientes
De las monedas virtuales y los cheques
Y las tarjetas de plástico
Multiplicándose y pudriéndose.

Porque nada quiero decir:
Siempre es difícil hablar como cantando.

Gran Cambalache: poema fallido o rap falso o tango fracasado

Para Enrique Santos Discépolo.

Gran Cambalache, corazón mirá/ no mirés para atrás/ ni pal costado,/ el futuro ya no está,/ el porvenir de todos lo han hipotecado,/ por ahí quedó: es un billete de muerta lotería.

Y el tiempo nuestro se nos va/ y ya se fue/ como un gorrión en la neblina./ Mirá si es que podés,/ mirá de a poco cada vez,/ porque los ojos no quieren ser ya más/ testigo fiel de la crueldad/ que el mal humano inventa./ Y no mirés/ si no querés/ ver lo que hacen las princesas de hoy,/ los presidentes de hoy,/ los narcotraficantes de hoy,/ los izquierdosos de hoy,/ los mercaderes de hoy,/ los dictadores de hoy,/ los banqueros de hoy,/ los guerreros de hoy,/ los mandamases de hoy,/ que son los de anteayer/ y los de ayer/ y quizá los de mañana./ Pero mañana es hoy,/ así que no mirés/ si no querés perder/ los ojos y las esperanzas.

Gran Cambalache, corazón,/ mirar sí para atrás/ y pal costado:/ eso decís/ que yo tengo que hacer,/ y qué hay con el pasado./ Pero mirá/ no quiero ser/ una estatua de sal,/ ni quiero yo perder/ los ojos/ ni el tiempo de hoy/ que ya se va/ como un gorrión en la neblina./ Gran Cambalache, corazón,/ el de Lautréamont,/ decíselo/ al mestizo que mezcló/ venenos con piojos y paraguas./ Decíselo a Discepolín/ que estamos hoy así,/ desfuturizados y globalizados/ en el dos mil,/ cómo serán para ellos dos/ la nada y el vacío./ Decíselo/ contáselo,/ que aquí estaremos,/ pero a cantar, eso sí,/ y eso que sí,/ y eso que no,/ no le aflojés/ a la garganta./ Y el hambre de cantar/ y de besar/ no te la borran/ ni la depresión/ ni la religión/ ni el ricachón/ ni el militarón/ ni

la computación/ ni el políticón/ ni la televisión/ ni la corrupción/ ni la traición/ ni el señor condón/ ni ningún campeón/ de cualquier porquería.

Gran Cambalache, sí,/ tu perro corazón, y dale sin ladrar,/ dale a cantar y a besar/ y a pelear y a sudar/ por tu amor, tu tango y tu comida./ Gran Cambalache, sí,/ y por qué no,/ tu corazón, mi corazón, el corazón más total,/ Gran Cambalache, sí, ¿y por qué no?

Versos sin libro 2

*Tu nombre es oscuro,
y en esa oscuridad nacen
todas las cosas.*

PARK JE-CHUN

Uvas oscuras en un plato blanco

Para Kwang Yeul Koo y los poetas del miércoles.

I

¿Quién trajo estas uvas oscurísimas
hasta el centro del plato que desprende
incontables círculos cerradamente blancos?
¿Por qué se alza un fulgor
de neblinas respiradas en la infancia?
¿Por qué aquí las ávidas peras ofrecen
sus médulas de dura transparencia?
¿Por qué los rojos duraznos
aún se alimentan de fibras de sol
y de verdes nervios volanderos?
A un lado del plato
crecen las tierras altas y hermosas
donde el sonido de los pinares penetra
la raíz de los templos de piedra:
donde las aguas perfeccionan
mínimas gotas de roca coagulada:
donde los grandes capullos de bronce
se disuelven
entre hilos de oxígeno y un siempre
naciente resplandor.

II

¿Puedes decirme Tú
habitante de los mil lugares
de este mundo que es solo apariencia
de los otros mil sitios
de los otros mil mundos:

Tú puedes decirme
por qué solamente hay un fugaz espacio
para cada humana sombra
y por qué cada sombra no arrastra
su sombra corporal?

¿Puedes decirme Tú
que tienes mil ojos
en cada ojo de tus mil rostros
por qué no me miras
para que pueda ver en Ti
todas las formas invisibles?

Dime Tú
que muestras los mil dedos
de cada dedo tuyo
en cada una de tus mil manos:
¿por qué no puedes tocar
el sucio calor de este cuerpo
que se aleja de ti?

Dime Tú
si ya estabas antes de Ti mismo
si naciste antes de tu primer nacimiento:
¿por qué aceptas la piel de oro
de tus estatuas

los golpes vibrantes sobre el redondo metal
el rítmico toque en la curvada madera
el fuego mezclándose con el frágil humo
de cada oración?

III

Las uvas pasaron otra vez
por el paladar y las encías de la infancia.
Las estrujantes peras
los duraznos bermejos
las hebras del sol descansan
con su aroma de sombra.
Los mil ojos
las mil manos
los mil rostros
contemplan
elaboran
iluminan
mil y un nacimientos
en un plato blanco.

ULSAN, COREA-MÉXICO, D.F., 2005

La copa

Escucha los presagios
las voces translúcidas
el relámpago roto entre nieblas de arena:
Escucha sin contemplar
las figuras repentinas entretejiéndose
con las sustancias sangrientas del cielo:
Escucha el rumor subjetivo
de las columnas negras sostenidas
por una sola perla de ceniza sagrada:
Escucha el susurro
en lo interno de ese polvo
que viene de los huesos disueltos
por las llamas del momento final:
Escucha otra vez los vaticinios
las voces transparentes
que buscan el sendero perfecto
a través de los fustes
que el último hijo del árbol negro perdió:
Escucha con oído resurrecto
las predicciones
las voces fulgentes que traspasan el aire
adonde el incienso se consume
entre colores blancos:
Escucha el gemido
de las tortugas endurecidas
como piedra perdurable:

el llanto de los ancianos peces
como carpas que encienden
sus tenues escamas de espuma y esplendor:
Escucha todos los sonidos
del hambre real
del estulto crimen
del inderrotable dolor
del sórdido abandono
de la pérdida sin fin
del pútrido extravío
de la fiel desesperanza
del parto impuro
de la guerra inacabada
del beso fósil
del ombligo muerto:
Escucha a toda oreja
los sonidos que rompen el viento
como una copa de cristal renunciando
al límpido vino que contiene.

ULSAN, COREA-MÉXICO, D.F., 2005

Otros vientos

¿Es este el anciano mar
que siempre nos esperaba
al inaugurar los cuadernos
los mapas los libros
con que armábamos nuestra barca
sin remos y sin velas?
Sobre la playa
de pesadas arenas circulares
un solo cadáver
de cangrejo en abandono:
sus cáscaras se expanden
ya en una dura humedad
que el sol y los vientos traspasan.
Detrás de las gruesas espumas
que el zapato momentáneo no toca
un sombrío alzamiento
de tierras fluctuantes o férreos nubarrones
crece como una fuerza de agrietada luz.
El súbito frío del Este dispersa
cartones desnudos páginas balbuceantes
lápices coloridos como rumbos difuminándose
hacia un país del nunca jamás.
La ventana de la casa de comidas
nos aparta de la agresión del viento.
Sobre la playa algo como un niño
recoge papeles plumas colores.

No vemos sus ojos
que de seguro escarban
las aguas del anciano mar.

ULSAN, MAR DEL ESTE, 2005

Haikus

CONTEMPLA el aire
Que pasa sin pasar:
Así tu sombra.

MIRA sin ver
Los colores del viento:
Qué blanca sed.

HOJAS tan breves
En el jardín respiran
El aire verde.

MANO que es tiempo
Mirada que es espacio:
Siempre temblamos.

MIRA la altura
De un grano de arena:
¿No sientes vértigo?

EL ÁRBOL canta
Cuando el pájaro muere:
¿Quién más lo hará?

LLEGAN las lluvias:
Entre fibras de otoño
Seco está el cielo.

HAY restos de sol
Entre baldosas rotas
Que alguien camina.

LA CIUDAD tiembla
Torres y templos crujen.
Y un niño canta.

DIME ¿quién oye
Esas negras campanas
Solo metal?

BLANCOS insectos
Mastican otros cuerpos:
El sol esplende.

UN CLARO trazo
De veloz mariposa:
El aire vuela.

LLEGA la noche
Con su nuevo silencio
Que nadie entiende.

VERDE es el fuego
que en el pasto ya enciende
la lagartija.

CANTA aquel pájaro
La verdad de su nombre:
Nadie comprende.

UN VIENTO enfermo
Invade los jardines.
Ensucia y pasa.

HORMIGAS mueren
En rumbos solitarios:
Sed o fatiga.

LAS JACARANDAS

Extienden su color:

Es otro cielo.

BAJA la niebla
En mitad de este día.
La noche espera.

EL SOL se mueve
Entre hilachas de espuma:
Nadie lo mira.

UN ASTRO escapa
En la noche invisible.
Tú solo duermes.

GRITAN los perros
Hacia un fondo intangible.
Y un mundo nace.

ENTRE los árboles
Frutos de flamboyán
Como astros rojos.

VERDES raíces
Ramas de sutil hierba
Están ahí.

ALGUIEN respira
Átomos polvorientos.
Respira y canta.

UN VIEJO pájaro
Cae entre plumas negras:
Simple es morir.

¿DÓNDE el misterio
De los astros viajeros?
Aire y silencio.

LOS NEGROS pinos
Encierran su alto cuerpo
En aquel viento.

FIEBRE en el aire
De veloz primavera.
Ya nadie canta.

UNA TORTUGA

Traslada su quietud

De densa piedra.

LA GOLONDRINA
Llegando de otros vuelos
Aquí respira.

MOSCAS perdidas
En el aire dorado:
Monedas negras.

INSECTOS pasan
Sin alas y sin canto
Hasta morir.

TALLOS oscuros
Verticales y solos
Sin cesar tiemblan.

LAS GOLONDRINAS
Procuran otro cielo
Sin luz ni sombra.

RUMBO en las hierbas
Pies zapatos sandalias
Así lo tejen.

CIUDAD sonora
A golpes de silencio
Solos marchamos.

TU BOCA tiembla
Otra vez en la noche.
Alguien vendrá.

BEBE del aire:
Nubes y flores forman
Su copa inmensa.

Versos con libro 2

*Siempre habrá sufrimiento
aunque el dolor ya no esté.*

HASAN AL-QIYAS

Una niña se aleja...

Con ese verso de arriba
empezó su cantiga un músico hablador
parlanchín lenguaraz y parlotero.
Habló de la lengua externa que una niña
en algún territorio de otro Sur
deseaba romper desguazar desfibrar
sin conocimiento de verbos
ni gramáticas terrestres.

Una infanta en verdad sin teta a la vista
desoída de encuentros y de claudicaciones
con su panza habitada
por imperios gusaniles:
con sus párpados afligidos
por resabios purulentos:
con su pelo pegosteadado
de bichos implacables:
con sus dedos empobrecidos
por reumas y contagios:
con su ombligo saturado
de costras imperfectas:
con cada pie en su sandalia natural
y con cada labio sin límite de sed
y con cada nalga en función irredimible.
De esa persona en dudoso crecer
habló el melódico charlatán
para darle más oficio a su máquina parlante:

para afinar las encías con motivos nuevos:
para que nadie pensara
que olvidó los corruptos sonidos del mundo.
Todo fue hace tiempo:
ya casi se borran los versos de arriba
tal vez aquella infanta
buscadora de ritmos
de verdades sonoras y propias
perdió la piel en colchones y petates
de la pura y santa putería:
tal vez su vientre partido
dispuso entre jergas arenas o pasto
coágulo tras coágulo no acabados
en piernas hígado corazón
cerebro bazo genitales:
tal vez su lengua al llorar
soltó la abierta coplería
que alguien de nosotros tendrá que cantar
con toda su violencia.

Ecqus Sapiens

Caballeando sí no de otro modo
ensordinados los ánimos y más anciana
la piel del entrecejo y más amargo
el espasmo de la vejiga y más caído
el cabello frontal y su bichaje inaudible:
respirante y retorcido entre sucia atmósfera
y pasturas muy blancas y pastosas
el caballear desde lo humano salobre
es aventura indisoluble y compartida.
Caballeando con todo y su gerundio
mientras el mañanear se escurre
por el hoyo de un oscuro reloj
y en la tiniebla restante resuena
una incierta palidez de astros imperfectos.
Caballeando por designio indivisible
sostenida la osamenta
por la terquedad del calcio
y la tensión de tenaces nervaduras
en tanto se arrugan las débiles almohadas
y una sedosa extensión absorbe
la costosa cifra de dolidos sueros
y escondidas contracciones.
Caballeando sí animaleando
entre invenciones ya inventadas
entre un esplendor ya descubierto
entre células que agonizan

despojadas de su piel o su entrepelo
entre mojadas palabras y bostezos
entre anchas hojas que protegen
el roncar sagrado de la especie.

La peste azul

No eran pedazos de ensuciado dolor
perforando la totalidad del aire:
tampoco espirales de bichos sangrientos
ni trazos de un dedo gigante
marcando de horror las camas y las calles.
No era el metálico galope
de las caballadas negras trizando
hierbas y plumas perdidas:
tampoco era una áspera sombra
olfateando un posible destino
en la carne más fresca:
no era aquel escudo adonde
un sagrado animal imponía su tenso vuelo
entre astros de fuego:
no era el gesto voraz del señor de los ejércitos
con su pequeño disfraz
y su pequeña espada
y sus pequeños ojos
porque en él alcanza su exacto tamaño
todo lo mezquino.
No no era la figura casi humana
que como un balón repleto de monedas
va hundiéndose en el barro
de su propia inmundicia.
No era un templo vaciado
de amor y sufrimiento

ni una bandera de colores inermes
sometida a impúdicos jabones
y al grosero manoseo imperial.
No era el hombre sin oficio fijo
ni la mujer duramente preñada
ni el mesero desconocido
ni el niño resucitado
ni la muchacha que ya no estudia
ni respira
ni la suripanta que dejó de fornicar
ni el juntador de basura cuyas quietas manos
alguien lavó
ni el soldado que asesinara su uniforme
en aquella balacera
del día de ayer o de hoy.
No era una ciudad sin olor a simple gente:
ni la ciudad de las máscaras
ni el completo país de los mascarones:
no eran los rostros de pieles blancas
ni las caras de pieles azulencas
ni las mejillas y las bocas
valientes y abiertas.
No eran los cuidados cadáveres
ni los muertos sin apellido
ni los examinados cuerpos en estuches diversos
ni las vacunas mágicas
ni los remedios tribales
ni las perversas bendiciones en orejas indefensas
ni los discursos cocinados
en ollas de puro cristal.

No no era esto todo lo que vimos:
fue en el nuevo año de la peste azul.

México, D.F., 2009

Tábata

La añosa animala
con su oscura pelambreira
de estos últimos días:
la anciana virgen
como aquella reina apegada
a su único poder:
la añeja bicha
que no pudo ser persona
de falda volandera
o ajustado pantalón:
que no compró perfumes
ni cremas de marca
ni insultó a la torpe sirvienta
ni exigió calmantes
para un frívolo dolor:
la mamífera destetada
con sus temblantes patas
con sus orejas plenas
de sonidos ocultos
de aullares distantes:
la extraña gruñidora como una emanación
o un golpe de vida
que jamás comprenderemos:
la antiquísima sombra de todos los perros
que gritan mean babean huelen
fornican y pasan

por la neblina de las ciudades enfermas:
una perra nada más
llorándose lágrima adentro
en un sitio solo:
ladrándose en medio
de un silencio de cáscaras negras:
gimiéndose en este mes de mayo
porque cada mes es siempre
el mes más cruel.

Ojos que ya no ven

A Mario Benedetti, in memoriam.

Es este el mar que tus ojos de ayer ya no contemplan
Y aquella es la luz que tus ojos no verán
Venir hacia ti con sus impalpables escamas
De oros populares y de lúcida sangre.
No es este el aire del Sur que transita tus pulmones
Cerrados a veces como una voz que no quería cantar.
Tampoco son las lluvias castigando con uña congelada
La esplendente madera de esa casa tan rígida
Que tu cuerpo inaugura.
Ni son las espumas barrosas del río cercano a tu infancia:
El oceánico río del que nunca pudiste separarte.
Ni el verde que tus ojos no podrán ver otra vez
El verde de una ciudad sin muros ni fronteras
Ni huesos de tranvías amarillos
Ni calles de barrios inquietecidos
Adonde fermenta el futuro
Con toda su sacra violencia y sus banderas.
No escucharás de nuevo tus palabras
Apegadas a aquellas melodías que son también palabras.
Porque el silencio no fue hecho para ti
Porque has sabido devorar tu propia sombra
Porque si hubo un dios
Ese dios fue tu conciencia de bicho social.
Porque verbo fuiste quizá desde siempre
Y en verbo de muchos

Con nosotros serás.
No conocimos todo de ti:
Lo más tuyo de vos y tu entretela
Pero es seguro que esa oscuridad
Nos traerá la luz que dejaste de ver.

MÉXICO, D.F., 2009

Preguntar, no more

Preguntemos a cualquier cantador
de qué materia o sombra
haremos líneas de sufridas palabras:
buscando quizá el acento central
que ordene los sonidos naturales
junto a la temblante saliva de la especie.
Preguntemos también en estos numerosos
momentos de astros azules y rojos
por qué existen pájaros en el inmundo aire
de cada ciudad y su anunciado naufragio.
Preguntemos por qué aún los perros ejercen
su líquido o sólido alivio en plazas
contagiadas de infortunios humanos.
Y por qué en el hediondo sistema
que funciona asfalto abajo
parece reiterarse el contenido
que hembras y machos sueltan
sin visible señal de acabamiento.
Preguntemos a quienes desean cantar
al ritmo de ofuscados mandatos
de sórdidos puñales
de agridulces venenos
de balas descompuestas.
Preguntemos a la sordera
de los más puros cantantes
si utilizan en sus versos

la designación que corresponde
a niñas descalzonadas
a infantes burdelescos
a las hambres cotidianas
a los sobacos de amarga pus
a las lenguas segadas
a los olores ventrales
a las guitarras partidas
a los libros emputecidos
a los condones resecos
a las arterias vaciadas
a las leyes desvanecidas
a los cheques corruptores
a los pantalones rendidos
a las cebollas podridas
al engaño interminable.
Preguntemos aunque todos sepan
el sucio tamaño de cada respuesta.

Huach¹

En todos los idiomas crecen
directas palabras que vienen de un gruñido
o se hinchán letradas salivas a causa
de un olor nada más que distinto
o se extienden sonidos de guerra
porque una frágil sombra sin cuerpo aparece.
Y las palabras nombran –siempre–
ciertos objetos anteriores a ellas mismas:
las cosas bautizadas como lanzas
hondas flechas bombas negras
escudos pistolas puñales cadenas
cañones guillotinas venenos seguros
espadas cruces de fuego jabalinas garrote vil:
objetos inventados en el aire de la humana Historia
objetos de sutil materia y podrido silencio
objetos apoyados en exquisitos silabarios
y en ordenados sistemas de trazos y signos y letras
altas y bajas y comas y paréntesis y puntoycoma y comillas
y guiones y dos puntos erectos y tres puntos horizontales
y acentos y el esperado ineludible punto final.
Una neblina sin color distribuye sus millones
de núcleos de agua por los techos
y los patios y los pasillos y los sótanos
de tantas casas cuyos cimientos solo pueden gritar

.....

¹ “Extranjero” en lengua maya.

que los objetos chocan con sus nombres
y que ya no habrá nadie que conozca a nadie
en ningún sitio de este país y de la Tierra.
Extranjeros al fin y desde todo comienzo:
buena ocasión para dar inicio a lo que acaba
buena oportunidad para terminar lo que empezó.

Visión sin realidad

No caminaremos entre esos huesos pálidos:
pálidos nosotros no tocaremos con suela invulnerable
la moribundia total de aquellos tiempos:
tiempos fermentandos todavía
entre almanaques de dudoso cristal:
cristal fue el simple y alto aire
que un infante pudo tocar a plenos dedos:
dedos de lo interno en cada dedo
y sus pellejos y uñas como sólidas máscaras:
máscaras sin dimensiones de carne
ni fúlgidos gestos o muecas perdidas:
perdidas como esas o tales otras palabras
que trazan un hilo de vapor sin transparencia:
transparencia de pétalos carcomidos
por una llovizna que no encuentra
sus gotas ni su origen:
origen adonde nada empieza totalmente
ni se reitera ni crece ni termina:
termina en verdad este cúmulo
o despega raíces como partículas de odio
que suelen filtrar losas y ataúdes:
ataúdes inclinados sin decisión de naufragar
en espumas polvorientas o amargas:
amargas son las lunas que buscan
un sistema de energía originaria:
originaria de sueltos vocablos o estupores

es toda muchacha dispuesta al malolvido:
malolvido es el término que usamos
para ocultar un dolor agresivo
de la vieja infancia
o el grito propio bajo suplicio verdadero:
verdadero como la sombra de tus muertos
que quieren todavía respirar
a través de telas corrugadas y médulas
que se desplazan hacia el polvo:
polvo alzándose en las reseca vísceras
que ninguna lluvia puede quitar
de su interna decadencia:
decadencia es la del río que apenas
puede conducir sus flacas aguas:
aguas del más allá lejos
de cortezas de rocas
de arenas de apócrifo fuego:
fuego que nadie trajo hacia nosotros
que nadie inventó que nadie retuvo
en los sitios de su principal nacencia:
nacencia de bichos y figuras como incontables
y cambiantes personas que transitan
ámbitos de fulgor y de inmundicia:
inmundicia que excretan la pulsiones imperiales
mientras se pudren en el esmog las banderas
y se expanden más los chillidos
de tantos perros perturbados y profundos.

Índice

Gran Cambalache: vanguardia zen	9
Al posible receptor	13
Versos con libro 1	15
Nosotros y un ¿por qué?	17
¿Verano?	19
Más preguntas	21
Antes después el humo	23
Tarea cotidiana	25
Suicidio anunciado o la Chute	27
Un gato rojo	29
Sin	31
¿Septiembre?	32
Calles otra vez	34
Olor presente	36
Aritmética	37
¿Dos voces?	38
Sábado vacío	40
Insomnio soñado	41
Breve visión de Campeche	42
Gaza	44
Huaraches rotos	47
Versos sin libro 1	49
Los cantores	51
¿Cantan los cantores?	53
El escriba otra vez	55

Gran Cambalache: poema fallido o rap falso o tango fracasado	59
---	----

Versos sin libro 2	61
Uvas oscuras en un plato blanco	63
La copa	66
Otros vientos	68

Haikus	71
Contempla	73
Mira	74
Hojas	75
Mano	76
Mira	77
El árbol	78
Llegan	79
Hay	80
La ciudad	81
Dime	82
Blancos	83
Un claro	84
Llega	85
Verde	86
Canta	87
Un viento	88
Hormigas	89
Las jacarandas	90
Baja	91

El sol	92
Un astro	93
Gritan	94
Entre	95
Verdes	96
Alguien	97
Un viejo	98
¿Dónde...	99
Los negros	100
Fiebre	101
Una tortuga	102
La golondrina	103
Moscas	104
Insectos	105
Tallos	106
Las golondrinas	107
Rumbo	108
Ciudad	109
Tu boca	110
Bebe	111
Versos con libro 2	113
Una niña se aleja...	115
Ecquus Sapiens	117
La peste azul	119
Tábata	122
Ojos que ya no ven	124
Preguntar, no more	126

Huach	128
Visión sin realidad	130

Edición digital
agosto de 2017
Caracas - Venezuela



Gran Cambalache

Este libro es “como la voz de un fósforo/ deslizándose hacia una hoguera/ que nadie encendió” para formar un diálogo necesario contra el olvido y contra la esterilidad de los discursos vacíos de contenido útiles al sistema, porque “esa autoritaria invención/ de lo que somos/ divide a miles de millones cada día/ en temerosos fragmentos/ en partículas que se pudren/ en despreciables resplandores”. Este poemario devela la sutil escatología que se esconde tras la vida cotidiana, juntando con coraje, indignación y rabia versos que logran “respirar en la memoria de algunos otros”, que interpelan acerca de lo que significa ser y hacer en este tiempo de la historia, donde todo vale y nada es lo que parece.

Saúl Ibargoyen (Montevideo, 1930)

Poeta, novelista, cuentista, dramaturgo, traductor, periodista, editor, educador y coordinador de cursos y talleres de creatividad poética. Estuvo exiliado en México desde 1976, hasta que en 2001 le fue concedida la nacionalidad mexicana. Miembro correspondiente de la Academia Nacional de Letras, de Uruguay; doctor Honoris Causa por la Universidad "Oscar Arnulfo Romero" de El Salvador; miembro del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Sofía "St. Kliment Ohridski", Bulgaria.

Autor de casi una centena de libros publicados, su obra ha sido traducida a más de una decena de idiomas, incluyendo el inglés, ruso, francés, polaco, bielorruso, rumano, alemán, esloveno, árabe y coreano. Su labor en foros, seminarios de literatura y festivales de poesía lo ha llevado a más de treinta países de América, Europa y Asia. Su libro *El escriba de pie* recibió en México el Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer en 2002. En Uruguay obtuvo los premios del Ministerio de Instrucción Pública y del Ayuntamiento de la ciudad de Montevideo.



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

